

Eloy Alfaro

Pensamiento y acción de un revolucionario

PENSAMIENTO POLÍTICO ECUATORIANO

Eloy Alfaro

Pensamiento y acción de un revolucionario

Introducción y selección de Jorge Núñez Sánchez



Ministerio
de Coordinación de la Política
y Gobiernos Autónomos
Descentralizados

Ministerio de Coordinación de la Política
y Gobiernos Autónomos Descentralizados

DORIS SOLIZ CARRIÓN
Ministra

ALEXIS RIVAS
Viceministro

MÓNICA MANCERO
Proyecto de Estudios y Pensamiento Político

Pensamiento Político Ecuatoriano
Colección dirigida por Fernando Tinajero

Quito, Mayo 2011

Presentación

Doris Soliz Carrión

Sin duda, la figura de Alfaro y su Revolución han sido un referente fundamental para la Revolución Ciudadana. Como no serlo, si la vida entera del “Viejo Luchador” estuvo marcada por su valor, voluntad y liderazgo. Por su perseverancia e inquebrantable abnegación en pos de una radical transformación social y material de nuestro País. Si se entregó a la causa de la integración nacional, enlazando el norte con el sur, y sobre todo la Costa y la Sierra, a través de vías de comunicación, y por supuesto, del ferrocarril. De aquel ferrocarril, por medio del cual, la inefable lejanía regional tuvo al fin su encuentro.

El General Alfaro no fue tan solo un revolucionario, fue también un visionario. Su pensamiento y su concepción política, social y económica tuvo un carácter de avanzada. Buscó sentar las bases para la modernización y el desarrollo ecuatoriano, cuando hasta entonces, el Ecuador era uno de los países más atrasados de América Latina. Gracias a su empeño, la educación se democratizó. Instituyó la enseñanza laica y obligatoria en el nivel primario, procurando generar una conciencia ciudadana renovada, más libre, tolerante y crítica. Asimismo, dio un gran empuje a la producción, al comercio y al desarrollo de la industria nacional. Pero su labor no quedó ahí, ya que luchó por los derechos, las reivindicaciones y las libertades ciudadanas y, en especial, por la soberanía del país.

Si bien su tendencia doctrinaria proviene de una matriz liberal, el sople del tiempo lo condujo hacia la “vanguardia ideológica del radicalismo” impregnado de un fuerte contenido social, ubicándole en la vanguardia del pensamiento político de su tiempo. Su sueño fue abolir el viejo sistema clerical-terrateniente y romper con los prejuicios de la época que corroían los espíritus libres. Es así como procuró quebrantar la mentalidad patriarcal y las ataduras que asían a la mujer a un mundo doméstico, estrecho, imbuido en una plétora de carencias asentada en la ignorancia, y se propuso crear una sociedad con nuevos horizontes y un renovado porvenir.

Su visión amplia de la vida lo llevó, entonces, a consagrar planteamientos tales como la igualdad entre hombres y mujeres; la protección a los sectores más vulnerables de la sociedad, en especial de los ancianos y discapacitados; el

elevar el potencial y las capacidades de los ciudadanos y ciudadanas a través de las ciencias y las artes; y el franquear las brechas de injusticia e inequidad social mediante la acción del poder público.

Ese es el gran Alfaro, el Gran Revolucionario de Montecristi, cuya imagen y estela, lejos de desvanecerse, adquieren más fulgor. El conductor y estadista al que admiramos, al que seguimos y al que dedicamos estas líneas. Este volumen no recoge únicamente su pensamiento, recoge su destello que estoy segura se impregnará en todo aquel que decida sumergirse en su memoria.

Índice

Presentación.....	5
<i>Doris Solíz Carrión</i>	
Eloy Alfaro: pensamiento y acción de un revolucionario.....	9
<i>Jorge Núñez Sánchez</i>	
1. Correspondencia y documentos	41
2. Mensajes a las Asambleas Constituyentes y al Congreso Nacional	81
3. Escritos para la historia.....	169
4. Documentos anexos	221

Eloy Alfaro: pensamiento y acción de un revolucionario

Jorge Núñez Sánchez

Un siglo después de la “hoguera bárbara” de El Ejido, la figura de Eloy Alfaro sigue siendo poco conocida en varios aspectos, y particularmente, en lo que hace referencia a su actividad internacionalista y su pensamiento político. Lo primero puede resultar explicable, en tanto que aún no se ha hecho una minuciosa investigación sobre la actividad política coordinada que desarrollaran, entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, ese conjunto de revolucionarios liberales de América Latina al que pertenecieran Eloy Alfaro y José Martí, entre muchos otros. Pero lo segundo resulta del todo inexplicable, dada la buena cantidad de estudios, ensayos y libros que se han escrito sobre Alfaro y la Revolución Liberal ecuatoriana de 1895.

Ocurre, a nuestro entender, que la imagen de Alfaro como pensador político ha sido distorsionada por el fervor que se ha puesto en la consagración del héroe, hecho que ha privilegiado el estudio de sus *acciones* políticas y militares sobre el de sus *ideas* y experiencias políticas. Pero también ha contribuido a ello cierta pereza mental de algunos estudiosos, que se han limitado a repetir que Alfaro fue un liberal por antonomasia, y quienes, a partir de ese equívoco, nos han regalado una figura de alcance ideológico limitada, e incluso, anacrónica a la luz de la historia.

Algo ha tenido que ver en esto ese complejo de inferioridad con que nuestros intelectuales han visto la vida y la historia nacionales. Acostumbrados a valorar a su propio país como “la última rueda del coche”, y a mirarlo con desprecio o, en el mejor de los casos, con conmiseración, a ellos les parecía lógico y normal que nuestra Revolución de 1895 hubiera sido el más tardío ensayo de reforma ocurrido en la América Latina. De lo cual se derivaba la conclusión de que Alfaro todavía se hallaba empeñado en la reforma liberal cuando en otras partes del continente ya se estaba luchando por la revolución agraria.

Apreciaciones de esta laya, construidas sobre prejuicios intelectuales y complejos nacionales, han contribuido a minusvalorar nuestra historia y a distorsionar la imagen de los grandes personajes de ella. Si esos supuestos estudiosos del alfarismo y la Revolución de 1895 se hubieran empeñado en investigar a

fondo aquel periodo de nuestra historia, pasando luego a compararlo con el similar de otros países de Hispanoamérica, hubieran descubierto varias verdades de bulto, como las siguientes:

— Que si bien Eloy Alfaro vino de una matriz ideológica liberal y, en sentido general, puede ser clasificado dentro del liberalismo de su tiempo, no es menos cierto que integró la vanguardia ideológica del radicalismo, un movimiento político de corte social demócrata, que por entonces emergía en América Latina y que luego daría lugar a la formación de los Partidos Radicales en varios países sudamericanos.

— Que Alfaro imprimió a la Revolución Liberal ecuatoriana un carácter de avanzada, que la convirtió en la última y más completa experiencia de reforma del continente, a la vez que en un matinal ensayo de desarrollo industrial autónomo, en el que se podían identificar ya ciertos rasgos del nacionalismo revolucionario que luego florecería en otros países del área, particularmente en el “varguismo” brasileño, el “peronismo” argentino y el “cardenismo” mexicano.

— Que el proyecto alfarista de desarrollo industrial fue tomado como modelo, en al menos, otro país de América Latina (Colombia), con efectos altamente positivos.

— Que fueron precisamente esas ideas las que distanciaron a Alfaro y los alfaristas, de Plaza y el liberalismo tradicional, llevándolos a romper el bloque histórico de la revolución de 1895 y a enfrentarse por las armas en 1906, en busca de definir la orientación revolucionaria.

— Que, por otra parte, Alfaro fue uno de los principales líderes del internacionalismo liberal, movimiento que promovió la independencia de Cuba y Puerto Rico. Abogó por la reconstitución de la Gran Colombia y adelantó un audaz intento de alianza militar y unidad política de América Latina para enfrentar la emergencia del imperialismo.

Este libro, en el que se recogen algunos documentos representativos del pensamiento político de Eloy Alfaro, apunta a ilustrar al público ecuatoriano acerca de estos temas, que empatan directamente con los asuntos de nuestro tiempo.

Eloy Alfaro Delgado nació en Montecristi, Manabí, el 25 de junio de 1842, siendo el tercero de los siete hijos habidos entre Manuel Alfaro González, un inmigrante español dedicado al comercio, y Natividad Delgado López, una joven manabita. Ya joven, estudió contabilidad y comercio, pues su padre —un antiguo luchador republicano, perseguido por la monarquía española— buscó darle la mejor educación posible en su medio, con profesores privados, y luego lo llevó en sus viajes comerciales al exterior.

Esa educación y los viajes le abrieron a Eloy los ojos a la realidad de su país y luego su temperamento arrojado lo impulsó a interesarse por la lucha política. Se inició, así, una etapa en la que compartió las tareas comerciales y los afanes políticos, logrando hacer una buena fortuna con el comercio de sombreros de paja toquilla producidos en su tierra natal, que él empezó a exportar hacia otros países y especialmente a Panamá. Pero los afanes políticos pudieron más y lo llevaron a la lucha por las transformaciones sociales, en la que consumió toda su fortuna personal.

Convertido en un combatiente liberal, su voluntad, inteligencia y capacidad de mando le granjearon progresivamente el liderazgo del liberalismo, primero en su provincia y luego en toda la costa norte ecuatoriana. Así, para mediados de 1882 se hallaba ya en capacidad de lanzar desde Esmeraldas una primera campaña militar contra la dictadura de Veintemilla, que lamentablemente fracasó. Mas esa lucha tuvo un logro: permitió que Alfaro y sus seguidores se desengañaran del todo de los viejos políticos liberales, fervientes colaboradores del dictador y acostumbrados al acomodo burocrático. Fue así que esos jóvenes combatientes asumieron rápidamente las ideas del radicalismo, nueva corriente política que crecía en América Latina y que reivindicaba los principios democráticos y laicos del liberalismo, así como las nuevas ideas socialdemócratas respecto del trabajo y los trabajadores.

De este modo se explica que, meses más tarde, cuando se extendió a todo el país la lucha armada contra la dictadura, se hayan formado tres gobiernos insurgentes regionales: uno, de corte radical, que tenía a Eloy Alfaro como Jefe Supremo de Manabí y Esmeraldas; otro, liberal, presidido por Pedro Carbo, en Guayas y Los Ríos; y un tercero, conservador, formado por los conservadores de la Sierra.

Alfaro se destacó militarmente en esa lucha nacional y especialmente en las operaciones encaminadas a la toma de Guayaquil, pero él y sus combatientes

radicales, triunfantes en el campo militar, fueron fácilmente derrotados en el campo político por una coalición de hábiles señores de gabinete, conservadores y liberales, que instauraron lo que se dio en llamar “Período Progresista”. Con ello, el viejo régimen oligárquico logró un nuevo respiro que habría de durar once largos años, durante los cuales se sucedieron los gobiernos de José María Plácido Caamaño, Antonio Flores Jijón y Luis Cordero.

Amparado en una imagen de “liberalismo católico”, que se mostraba como alternativa frente a los extremos, liberal y conservador, el “Progresismo” logró aglutinar a buena parte de la clase política ecuatoriana, aunque el nivel decisivo quedó reservado a “La Argolla”, un pequeño círculo de grandes familias propietarias de Quito, Guayaquil y Cuenca, vinculadas por parentesco, amistad o negocios. Ello explica que otras familias poderosas de cada región, tanto conservadoras como liberales, combatieran activamente al “Progresismo”, acusándolo de corrupción y nepotismo.

En 1894, el negociado conocido como “la venta de la bandera”, causó una creciente indignación nacional, que luego se volvió irrefrenable. Al comenzar 1895, se multiplicaron las protestas y actos populares en todos los rincones del país. Entre tanto, los grupos radicales empezaron a utilizar nuevas tácticas de lucha: el 3 de febrero ensayaron una huelga general en Guayaquil, mientras en todo el país adquirían armas y se preparaban para la lucha. El 5 de ese mes, desde Managua, Eloy Alfaro dirigió una proclama al país, convocando a la insurrección armada. Decía en ella:

Solamente a balazos dejarán vuestros opresores el poder, que tienen únicamente por la violencia. Pensar de otro modo equivale a dar tregua a tenebrosas intrigas... Sin sacrificios no hay redención... La libertad no se implora como un favor, se conquista como un atributo inmanente al bienestar de la comunidad. Afrontemos, pues, resueltamente los peligros y luchemos por nuestros derechos y libertades, hasta organizar una honrada administración del pueblo y para el pueblo.

EL ESTALLIDO REVOLUCIONARIO

Respondiendo al llamado del líder radical, diversas poblaciones del litoral se alzaron en armas contra el poder; las primeras fueron Milagro y Vinces. Luego, las montoneras se multiplicaron en toda la cuenca del Guayas y las demás pro-

vincias costeras, mientras se insurreccionaban contra el gobierno algunas ciudades del interior.

En síntesis, la revolución triunfó rápidamente en la costa, dada la general aceptación que tuvo entre la ciudadanía la Jefatura Suprema del general Eloy Alfaro y la rapidez y eficiencia con que las fuerzas liberales vencieron o ahuyentaron a las tropas oficiales. Asustadas por la situación, las oligarquías de Quito, Guayaquil y Cuenca buscaron formar un gobierno interino, con un caotero liberal a la cabeza, pero el pueblo guayaquileño se lanzó a las calles y proclamó a Eloy Alfaro como Jefe Supremo del país. Éste se hallaba en Centroamérica y se embarcó rápidamente para Guayaquil, adonde llegó el 18 de junio para asumir el mando otorgado por el pueblo.

Con gran visión política, el “Viejo Luchador” formó prontamente su gobierno y buscó constituir un “bloque histórico”, capaz de garantizar el triunfo de la revolución gracias a una conjunción de fuerzas y capacidades: el empuje y la sangre del pueblo, la influencia y poder económico de la burguesía costeña, y la inteligencia, cultura y sagacidad política de la pequeña burguesía radical.

Alfaro inició su gobierno en Guayaquil bajo el lema de “Perdón y olvido”. Ofreció a sus enemigos el olivo la paz, buscando evitar una dolorosa guerra civil y orientar las energías nacionales hacia la reconstrucción moral y material de la nación. Pero la oligarquía de la Sierra no estaba en disposición de ceder fácilmente el poder y, contando con el poderoso apoyo de la Iglesia, se preparó afanosamente para una “guerra santa” contra el liberalismo, haciendo colectas públicas y reclutando hombres. Al fin, fracasadas las Comisiones de Paz enviadas a Quito y Cuenca, Alfaro preparó a su ejército popular para la marcha hacia la Sierra, al mismo tiempo que organizaba el gobierno en las provincias costeñas.

Mientras tanto, la clerecía serrana organizaba procesiones de fe militante y clamaba desde los púlpitos reiteradas convocatorias a la “guerra santa”, destacándose en ello el arzobispo de Quito y los obispos de Portoviejo, Riobamba y Loja. Por su parte, la oligarquía regional de Cuenca y Loja atizaba una campaña separatista, en busca de unir al Austro con El Oro, para formar una “República del Pacífico”.

El 16 de julio de 1895, el ejército montonero de Alfaro inició su marcha y logró ascender rápidamente hacia la Sierra, ayudado por los indios del Chimborazo. Luego derrotó a los conservadores en varias batallas decisivas, que marcaron definitivamente el triunfo militar de la revolución: San Miguel de Chimbo (8 de agosto), Ambato (15 de agosto), Gatazo (15 de agosto) y Girón

(23 de agosto). Al fin, el 4 de septiembre entraba en Quito el “Viejo Luchador” con sus tropas, en medio de los aplausos de la multitud.

ELOY ALFARO, EL ESTADISTA

El triunfo militar de Alfaro fue solo el comienzo de un amplio esfuerzo de renovación y modernización de la sociedad ecuatoriana. El programa de la reforma liberal fue esbozado en el Registro Oficial del 3 de septiembre de 1895: Regeneración de la República. Paz en el exterior. Orden, honradez y reorganización en régimen interno. Fomento al comercio y las industrias, desarrollo de las artes, protección a las ciencias. Mejora y aumento de la instrucción pública. Arreglo y fiscalización de las finanzas del Estado. Mesura y equidad en el reparto presupuestario. Régimen de responsabilidad para los funcionarios públicos. Respeto a las garantías constitucionales. Fomento de la inmigración. Respeto para la religión nacional y consideración para las ajenas creencias. Impulso a la agricultura. Multiplicación de las vías de comunicación entre regiones. Construcción de ferrocarriles. Perfeccionamiento de las instituciones militares.

En síntesis, se trataba de una reforma de carácter laico, que se proponía separar al Estado de la Iglesia, refrenar toda intromisión clerical en la política, nacionalizar y secularizar al clero y nacionalizar los bienes de manos muertas. Paralelamente, con la institución de la “educación pública laica y obligatoria” se buscaba crear una nueva conciencia ciudadana, proclive al libre pensamiento y a la tolerancia.

De otra parte, se trataba de una revolución burguesa, que buscaba eliminar las relaciones feudales de trabajo existentes en el país (el concertaje y la servidumbre indígena, la prisión por deudas) y redistribuir la propiedad de la tierra, tal como lo ofreciera Alfaro, en 1895, a los indígenas del Chimborazo que le apoyaron en la guerra civil.

Por fin, era una revolución nacionalista, que pretendía integrar las aisladas regiones ecuatorianas, fortalecer al país para su defensa y buscar paralelamente la resolución del secular problema territorial con el Perú por medios pacíficos. Y el plan de ferrocarriles nacionales era el medio a través del cual el régimen revolucionario se proponía unir a sierra y costa, vincular al norte con el sur y colonizar y poblar la región oriental.

Empero, tan ambicioso proyecto nacional chocaba inevitablemente con muchos intereses creados, puesto que se orientaba a destruir políticamente al régimen clerical-conservador y, en lo económico, se enfilaba contra el sistema terrateniente en su conjunto. De ahí que el proyecto revolucionario hallara resistencias inclusive al interior de las filas progresistas, donde lo apoyaban los radicales y lo resistían los liberales de la vieja escuela, que solo querían una tímida reforma política y un irrestricto comercio internacional.

Desde su primer gobierno, el presidente Alfaro buscó sentar bases para la modernización y desarrollo del Ecuador, hasta entonces uno de los países más atrasados de América Latina. Así, se propuso democratizar y mejorar la educación nacional, para lo cual la Asamblea aprobó la Ley de Instrucción Pública (1897), que establecía la enseñanza primaria gratuita, laica y obligatoria. Luego se crearon el Instituto Nacional Mejía, de Quito, las escuelas normales de Quito y Guayaquil, para la formación de los nuevos maestros laicos, y la Casa de Artes y Oficios, en Manabí. También hubo especial cuidado en profesionalizar al nuevo ejército surgido de la revolución, para asegurar la defensa nacional. Así, se fundaron en Quito el Colegio Militar, para la formación de oficiales, y la Academia de Guerra, para su posterior perfeccionamiento; y también la Escuela de Clases y los Cursos Militares de Aplicación, para la formación técnica de la tropa. En otros ámbitos, se fundó la Maternidad pública y la primera planta telefónica de Quito.

Asunto importante fue la apertura de negociaciones con el Vaticano, para reformar el Concordato de García Moreno. La negociación fue dura y tensa y el gobierno finalmente promulgó la Ley de Patronato, por la que el Estado se declaraba patrono de la Iglesia y se reservaba el derecho de aprobar los nombramientos de prelados y de vigilar la administración de los bienes eclesiásticos. No menos significativa fue la suspensión de pagos de la deuda externa, que Alfaro decretó para cortar los abusos de los prestamistas y obligarlos a una renegociación que favoreciera los intereses nacionales.

También fue destacada la política internacional del gobierno alfarista. Frente al desangre causado en Cuba por el colonialismo español, interpuso sus buenos oficios ante la monarquía de Madrid, pidiendo la independencia para ese país hermano. De otra parte, preocupado por el expansionismo peruano sobre el Ecuador y también por la emergencia amenazante del imperialismo moderno, promovió la reconstitución de la Gran Colombia de Bolívar, mediante negociaciones con los gobiernos de Venezuela y Colombia. No obstante, la iniciativa más importante en este campo fue su propuesta de reunir un Con-

greso Internacional de Países Americanos, con objeto de “dictar un Derecho Público Americano, a la vez que facilitar los medios para ensanchar las relaciones comerciales entre sí”. La iniciativa de Alfaro apuntaba a reglamentar la aplicación de la “Doctrina Monroe”, usada por los EE.UU. para intervenir en los asuntos internos de los demás países americanos, y por eso mereció la activa oposición de la diplomacia del norte, que buscó hacerla fracasar. Pese a ello, el Congreso se reunió en Ciudad de México, con la asistencia de delegados de Centroamérica, México y Ecuador, pues otros países de excusaron a última hora.

Paralelamente, dispuso la iniciación de estudios para construir los ferrocarriles de Manta a Santa Ana, de Machala a Pasaje, de Sibambe a Cuenca y de Ibarra a El Pailón. Reorganizó la obra del ferrocarril Guayaquil-Quito, iniciado en tiempos de García Moreno, ampliando la vía, rectificando el trazado y buscando financiamiento internacional para esa gran obra nacional. Más tarde, hizo planes para construir un ferrocarril de Tulcán a Macará y otro de Ambato al Curaray, con miras a ocupar y colonizar el Oriente.

Pero mientras Alfaro se esforzaba en moralizar y modernizar al país, la reacción clerical-conservadora seguía atizando el fuego de la guerra civil. Desde Colombia se armaban sucesivas invasiones militares contra el Ecuador, por parte del obispo de Pasto y los conservadores emigrados, mientras la Iglesia y los hacendados serranos organizaban grupos armados para seguir su “guerra santa” en el centro y sur de la Sierra. Por suerte, el ejército liberal logró vencer a todas esas fuerzas contrarrevolucionarias, aunque esa constante presión militar conservadora llevó al gobierno alfarista a moderar su acción de reforma, en busca de aplacar la resistencia de sus enemigos.

LA DIVISIÓN DEL LIBERALISMO

Al terminar su primer período de gobierno, Alfaro se vio en el dilema de escoger un candidato oficial para la Presidencia de la República. Dubitó y finalmente escogió al moderado general Leonidas Plaza, vinculado por matrimonio a algunas de las más destacadas familias terratenientes de la Sierra. Pero el método de selección dejó un hondo resentimiento en Plaza, que sería el germen de futuros enfrentamientos entre “alfaristas” y “placistas”.

Plaza triunfó electoralmente y su acción de gobierno calmó progresivamente los ánimos de la clase terrateniente serrana y trajo la ansiada paz. Dis-

tanciado de Alfaro y apoyado en el ala moderada del liberalismo, el nuevo gobernante se aproximó a los conservadores y les garantizó la posesión tranquila de sus latifundios. Paralelamente, un Congreso con fuerte presencia radical puso en ejecución algunas avanzadas medidas anticlericales, tales como la Ley de Matrimonio Civil (1902), que permitió el divorcio de los cónyuges, y la Ley de Cultos (1904), que refrenó la acción política del clero y el poder económico de la Iglesia.

En 1905, “alfaristas” y “placistas” se enfrentaron otra vez por la sucesión presidencial. Alfaro propuso que una asamblea del partido escogiera al candidato liberal, pero Plaza impuso un candidato oficial enemigo del radicalismo: Lizardo García. Este banquero de Guayaquil y enemigo de Alfaro representaba los intereses de la plutocracia costeña, empeñada en restablecer una suerte de nuevo “progresismo”, en el que los liberales compartieran el poder con la oligarquía conservadora de la Sierra. Como Alfaro criticara los afanes de García, que buscaba poner término definitivo a la revolución y suspender los trabajos del ferrocarril Guayaquil-Quito, fue calumniado por el gobierno, que lo acusó de peculado en el contrato ferroviario e incluso hizo planes para enjuiciarlo penalmente.

Fue la gota que colmó la paciencia de los radicales, quienes se lanzaron nuevamente a la revuelta. El 1 de enero de 1906, los liberales de Riobamba, liderados por los generales Emilio María Terán y Julio Román, desconocieron al gobierno de García y proclamaron la Jefatura Suprema de Eloy Alfaro. Tras una campaña de veinte días, Alfaro retomó el poder como Jefe Supremo y de inmediato convocó una Asamblea Constituyente, que lo nombró Presidente de la República y dictó la avanzada Constitución de 1906, en la que se consagró el verdadero espíritu de la revolución alfarista: separación absoluta del Estado y la Iglesia y supresión de la religión oficial. Libertad de enseñanza. Educación pública laica y gratuita, obligatoria en el nivel primario. Absoluta libertad de conciencia y amplias garantías individuales. Prohibición de ser elegidos legisladores los ministros de cualquier culto. Protección oficial a los indígenas y acción tutelar del Estado “para impedir los abusos del concertaje”.

Ese segundo gobierno de Alfaro fue más radical y tuvo grandes logros y realizaciones. Pero también tuvo una mayor oposición política, pues a sus viejos enemigos conservadores, que siguieron combatiéndolo incluso con las armas, se sumaron ahora los nuevos enemigos liberales, que conspiraron para derrocarlo y hasta trataron de matarlo. Y a ellos se sumó una activísima prensa de oposición, audaz y desaforada como ninguna, que lo tachaba de “tirano”, “monstruo sanguinario”, etc.

El mismo Alfaro no era ya el activo gobernante de otros días. Prematuramente envejecido, no se hallaba en condiciones de radicalizar la reforma liberal y convertirla en una revolución agraria, lo que le habría permitido vencer al contubernio de la vieja oligarquía y la nueva burguesía liberal. Su acción se enfiló, pues, a afianzar las conquistas políticas ya logradas y a continuar sus planes de obra pública.

No obstante, remontando esas aguas adversas, el viejo caudillo siguió bogando por sus proyectos de progreso nacional, a veces pese a la oposición de un Congreso adverso. Impulsó reformas a la Ley de Instrucción Pública. Creó nuevas escuelas primarias en muchos lugares del país y escuelas nocturnas para artesanos. Fundó la Escuela de Bellas Artes, el Conservatorio Nacional de Música, una Escuela Normal para Mujeres en Guayaquil, la Escuela Naval y la Escuela de Medicina Veterinaria. Becó a una cincuentena de jóvenes, hombres y mujeres, para que estudiaran en el exterior profesiones útiles al país. Inició las obras de canalización y agua potable de Quito, y las de canalización y saneamiento de Guayaquil. Pero, por sobre todo, se esforzó en la terminación del ferrocarril Guayaquil-Quito, obra formidable que él concebía como su mayor logro gubernamental. Al fin, el tren llegó a la capital el 25 de junio de 1908, entre aclamaciones de la multitud y loas al progreso nacional.

LOS GRANDES SUEÑOS DE ELOY ALFARO

Como todo estadista de verdad, Alfaro tuvo grandes sueños y proyectos para el progreso nacional. El primero de todos ellos fue el plan de ferrocarriles y carreteras, que él concebía como el medio básico para unir a las grandes y aisladas regiones, romper los prejuicios regionalistas, promover el desarrollo interno de la nación y fortalecer al país para su defensa, buscando paralelamente la resolución pacífica del secular problema territorial con el Perú. En este sentido, el plan de ferrocarriles nacionales tenía una gran importancia, porque era el medio a través del cual el régimen revolucionario se proponía unir a sierra y costa (línea Guayaquil-Quito), vincular al norte con el sur (ferrocarril Tulcán-Loja, ferrocarril de El Oro y ferrocarriles de Manabí) y colonizar y poblar la región oriental (ferrocarril Ambato—Curaray). Además, el plan ferroviario respondía también a una estrategia de defensa nacional, pues permitiría una rápida movilización de tropas desde y hacia cualquier lugar de país (véase, en este volumen, la *Historia del Ferrocarril de Guayaquil a Quito* (1911)).

Sin embargo, tan ambicioso proyecto nacional debía chocar inevitablemente con muchos intereses creados, puesto que implicaba romper con unos aislamientos regionales favorables al caciquismo político, facilitar la movilización de las gentes y los productos y abrir el interior del país a la modernidad tecnológica y las nuevas ideas. Entre los mayores opositores al plan ferroviario figuraron los clérigos, que proclamaban que el ferrocarril era un engendro del demonio, que era movido por fuego y vapor, echaba chispas y producía ruidos metálicos, todos ellos signos infernales.

Su segundo gran sueño fue el desarrollo industrial del país. Como radical que era, quería un Ecuador moderno, lleno de fábricas y con trabajadores bien pagados, que diera un salto hacia la modernidad y dejara atrás los tiempos del atraso y la dependencia. Para ello, promovió leyes que protegieran a la industria y la agricultura nacionales y estimularan el desarrollo interno y el empleo, anticipándose a las ideas del “*New Deal*” que treinta años después aplicara Franklin Delano Roosevelt en los EE. UU. Opinaba que un país como el nuestro,

*“casi virgen en materia de aplicaciones modernas, demanda una decidida protección para levantarse al nivel industrial productor de naciones mucho más pobres que la nuestra en materias primas.”*¹

Y consideraba que un mecanismo esencial de ese proteccionismo debía ser el manejo arancelario, toda vez que, en su opinión,

*“la liberación de derechos sobre la importación de artículos similares a los que se producen en la República, tiene necesariamente que producir una competencia desastrosa para la agricultura e industrias nacionales; puesto que los importadores de productos extranjeros, están en condición de abaratar el precio de esos artículos, hasta el extremo de hacer ruinoso la producción ecuatoriana.”*²

Movido por estas ideas, Alfaro solicitó al Congreso liberar de derechos a la importación de máquinas para la agricultura y la industria fabril, a fin de modernizar la producción, fomentar el empleo y duplicar la riqueza pública, consciente como estaba de que

¹ Véase, en este volumen, el *Mensaje del Presidente de la República sobre liberación de derechos de aduana a las máquinas para la agricultura*. Quito, mayo 27 de 1897 (ver Documento N° 10).

² Véase más adelante el *Mensaje especial sobre liberación de derechos a la importación de víveres*. Quito, a 9 de enero de 1907.

*“la carencia de brazos, el elevadísimo tipo de interés sobre el capital que se emplea en la República, lo rudimentario de nuestra agricultura, los mismos fenómenos meteorológicos que ocasionan la frecuente escasez de víveres, las dificultades de transporte, el casi ningún uso de la fuerza mecánica aplicada a las labores del campo, etc., son obstáculos inmensos para la producción nacional; y, por lo mismo, el precio de nuestros productos resulta excesivamente subido, en comparación de los gastos que los productores extranjeros tienen de hacer en el mismo caso.”*³

Inevitablemente, esta política económica intervencionista le ganó una feroz oposición de sus antiguos amigos, los comerciantes liberales del puerto, que se oponían a todo proteccionismo y abogaban por la más absoluta libertad de importación y exportación, en busca de favorecer a sus negocios particulares. En cambio, fue apreciada por los trabajadores del país, que le agradecieron por ella, y admirada en otros países de América Latina, donde el liberalismo tradicional había merecido la resistencia de los productores nacionales, precisamente por su feroz librecambismo, que terminaba siempre por arruinar las manufacturas, las artesanías e incluso la agricultura nacionales.

Como anotara el ex Presidente de Colombia Alfonso López Michelsen, Alfaro sorprendió a la América Latina con

“el impacto de una concepción liberal, impregnada de contenido social, despojada de retórica vacua, y que tenía por meta el desarrollo económico... Fue un caso realmente excepcional en la América española el de que, años antes de la revolución mexicana, de la aparición de Alessandri en Chile o de Irigoyen en la Argentina, hubiera aparecido en este rincón de América, que es el Ecuador, un precursor de la talla de Eloy Alfaro.”

Continuando con ese análisis de la Revolución Liberal ecuatoriana, López Michelsen agregó:

“No era Alfaro un hombre culto en el sentido que se le daba a esta palabra entonces. Era, por sobre todo, un hombre práctico. Se había iniciado como empresario y había culminado su carrera como político, tras haber dado muestras de una singular sensibilidad social. ... Pero lo más interesante del político li-

³ Mensaje Especial al Congreso sobre la liberación de derechos a la importación de víveres.

beral ecuatoriano fue el haberse desprendido de los prejuicios liberales de sus antecesores y haber optado por constituirse en defensor de las clases trabajadoras y en vocero de las reivindicaciones proletarias. Su espíritu pragmático lo llevó a atribuirle una gran importancia al desarrollo de la infraestructura de su país, poniendo especial empeño en la construcción del ferrocarril entre Quito y Guayaquil, pero, simultáneamente, en donde puso el mayor énfasis el llamado “Solitario de Montecristi” fue en hacer de su partido el abanderado de las ideas progresistas de la época. Y cuando digo progresistas me refiero no al marxismo, que hasta entonces era desconocido en la América española, sino a las grandes divulgaciones que a través de sus novelas había hecho Víctor Hugo sobre la condición de las clases menos favorecidas por la fortuna.”

Con razón decía yo, en el discurso que pronunciara con motivo de la inauguración de un busto de Alfonso López Pumarejo en el salón llamado de los Ex Presidentes, (del Congreso Colombiano, J.N.), que la “Revolución en Marcha” de los años 30 había sido un reflejo de la enorme influencia que ejerció Eloy Alfaro sobre López Pumarejo, apenas salido de la adolescencia.”⁴

El tercer gran sueño de Alfaro fue una reforma social que aboliera el viejo sistema clerical-terrateniente, rompiera la mentalidad patriarcal y creara una sociedad más abierta, equitativa y democrática. En ese marco debe verse su esfuerzo por romper las cadenas que ataban a las mujeres al mundo de la vida doméstica, la ignorancia y el beaterío. Decía que *“nada hay tan doloroso como la condición de la mujer en nuestra Patria”* y por eso se propuso

“abrirle nuevos horizontes, hacerla participe de las manifestaciones del trabajo compatible con su sexo, llamarla a colaborar en los concursos de las ciencias y las artes; ampliarle, en una palabra, su campo de acción, mejorando su porvenir.”⁵

⁴ “Revolución en Marcha” se llamó el exitoso proceso de reforma política desarrollado por el Presidente colombiano Alfonso López Pumarejo, padre de López Michelsen, durante sus dos administraciones (1934-1938 y 1942-1945). Este concepto fue definido por él mismo como “el deber del hombre de Estado de efectuar por medios pacíficos y constitucionales todo lo que haría una revolución”. Las principales medidas de esta reforma reivindicaron el intervencionismo del Estado en beneficio del desarrollo nacional y los derechos laborales, el fortalecimiento del sistema tributario y el mayor cobro de impuestos. También buscó una reforma agraria, que finalmente no ejecutó.

⁵ Véase más adelante el *Mensaje del Presidente de la República solicitando la protección especial a la mujer; Quito, junio 2 de 1897.*

Uniendo la acción a la palabra, les franqueó a las mujeres la entrada a los colegios y universidades, las ocupó en las Administraciones de Correos y Telégrafos Nacionales, y creó para ellas Escuelas Normales y numerosas plazas de maestras de párvulos. Claro está, la Iglesia y los conservadores pusieron el grito en el cielo, acusándolo de corromper a las mujeres y violar la santidad del hogar, y en el fondo temían que esas mujeres educadas y dueñas de su propio destino dejaran de estar bajo el control ideológico de la Iglesia.

También debe verse bajo esta orientación la más radical medida de su gobierno, que fue la nacionalización de los “bienes de manos muertas” (1908), es decir, de todos los bienes raíces de las comunidades religiosas establecidas en la República. Las rentas de esos bienes fueron destinadas a la Beneficencia Pública y con ellas se crearon hospitales gratuitos, ancianatos y hogares para niños desamparados, además de seguir manteniendo a los religiosos existentes. Por desgracia, muchos de esos bienes no llegaron a manos del Estado, sino que se quedaron en manos de jefes liberales, que se apoderaron ilícitamente de ellos tras recibirlos en “encargo” de las comunidades religiosas, las cuales buscaban evitar así su expropiación.

La misma orientación tuvo su denuncia del “concertaje” y su pedido de soluciones legales, hechos a la Convención Nacional de 1897:

“Tenemos en las provincias del Litoral una clase de gente campesina, conocida con el nombre de peones concertados; esclavos disimulados, cuya desgraciada condición entraña una amenaza para la tranquilidad pública, el día en que un nuevo Espartaco se pusiera a la cabeza de ellos para reivindicar su libertad.”

6

Por desgracia, la resistencia conjunta de sus aliados liberales y sus oponentes conservadores impidió la eliminación del “concertaje” y la creación de un mercado de trabajo basado en la libre contratación y el pago de salarios.

En fin, hay que recordar que esa preocupación por los problemas sociales llevó a don Eloy a interesarse por la suerte de los trabajadores ecuatorianos, a partir de la idea de que su primer problema era la falta de fuentes de trabajo. Precisamente por ello abogó por la protección a las industrias nacionales, a las que algunos diputados liberales próximos al comercio buscaban afectar, bajo el pretexto de combatir a los monopolios. Dijo al respecto:

⁶ Véase el *Mensaje del Jefe Supremo de la República a la Convención Nacional*; Quito, octubre 10 de 1896.

*“Lo más grave, es la pérdida de trabajo para tantos brazos empleados hasta ahora en dichas fábricas. El problema que más preocupa a los hombres de Estado, en todos los países civilizados, es el de proporcionar trabajo remunerativo al pueblo; porque los brazos desocupados constituyen un peligro mortal para las naciones; el pueblo sin trabajo, es el abismo siempre abierto para las instituciones, para la moralidad y el progreso, para la paz y felicidad públicas.”*⁷

No es menos cierto que Eloy Alfaro promovió la organización de sindicatos, contando para ello con el apoyo del líder obrero cubano Miguel Albuquerque, que por entonces vivía en Guayaquil y actuaba como representante del Partido Revolucionario Cubano. Eso explica que las primeras organizaciones obreras nacieran en la época de la Revolución Liberal y desarrollaran en aquel tiempo sus primeras luchas. Y así se explica también, en buena medida, la fuerza que el movimiento sindical ecuatoriano alcanzó entre 1912 y 1922, hasta llegar al punto de realizar grandes huelgas obreras.

Un reflejo del avanzado pensamiento político del sector radical del liberalismo, más conocido como “bando alfarista”, es el que trasluce el “*Programa Liberal Radical del Chimborazo*”, suscrito hacia 1908 por los activistas de Riobamba, encabezados por el general Julio Román, quien fuera Ministro de Educación de Alfaro y actuara como uno de los líderes de la rebelión militar de enero de 1906 contra el presidente liberal Lizardo García. En este documento, que se publica por primera vez en este libro, pueden verse planteamientos tales como la igualdad entre hombres y mujeres, la protección a ancianos y discapacitados, la nivelación de las inequidades humanas por medio del poder público, el combate al egoísmo individual en pro de la unidad humana, la nacionalización de la propiedad agraria “en beneficio de todos los asociados”, la protección y control a la producción industrial, la concentración en el Estado del derecho a la emisión monetaria, la recaudación completa de los bienes de manos muertas, la elevación cultural del pueblo y su preparación “para la revolución científica” y el reconocimiento de la ciencia como única fuerza del progreso. En suma, toda una serie de planteamientos que se aproximaban más a la ideología anarquista, que al viejo liberalismo individualista.⁸

⁷ Cf. *Mensaje Especial al Congreso sobre la liberación de derechos a la importación de víveres*. Cit. supra.

⁸ Hay que recordar, a este propósito, que en el liberalismo latinoamericano se había desarrollado una corriente de pensamiento anarquista, que tuvo como sus máximos exponentes a José María Vargas Vila, en los países de la antigua Gran Colombia, y a los hermanos Ricardo y Enrique Flores Magón en México, donde fundaron el anarquista Partido Liberal Mexicano.

En 1910 recrudesció el viejo litigio fronterizo con el Perú, a propósito del arbitraje del rey de España. El Perú había gastado sumas considerables para comprar el favor de los asesores del rey, por lo que el Ecuador temía que ese laudo le fuera totalmente adverso. Entonces el Perú empezó a concentrar tropas en la frontera, con ánimo de obligarnos a reconocer su ocupación de los territorios orientales. En tal situación, el Ecuador entero se galvanizó alrededor de su gobierno y Alfaro mostró una vez más su temple de estadista y organizador: puso en pie de guerra un ejército de 25 mil hombres y organizó una reserva de 20 mil; luego, usando el ferrocarril trasandino, movilizó rápidamente las tropas a la frontera sur y se colocó él mismo a la cabeza. Aunque el árbitro español se inhibió finalmente de dictar su laudo, la exhibición de fuerza hecha por nuestro país logró frenar la agresión y evitar la guerra.

Pero el Ecuador no podía vivir en un permanente sobresalto. Necesitaba garantizar su integridad territorial y su desarrollo pacífico. Con sincero patriotismo, Alfaro creyó encontrar una garantía para nuestra seguridad nacional en la propuesta de arrendamiento de las islas Galápagos hecha por los EE.UU. Estos constituían una potencia imperialista emergente, en cuyos planes geopolíticos entraba la posesión –pacífica o forzada– de nuestras islas, a fin de garantizar la seguridad del Canal de Panamá, que se encontraba en construcción. Preocupado con el peligro de que los norteamericanos ocuparan el archipiélago por la fuerza, el gobierno alfarista hizo una contrapropuesta, según la cual el valor del arrendamiento sería de quince millones de dólares y debería ir acompañado de una garantía norteamericana sobre la integridad de nuestro territorio amazónico. Respaldaban la posición de Alfaro algunos insignes patriotas y opositores políticos, como fray Enrique Vacas Galindo y el doctor Juan Benigno Vela, quienes incluso iban más allá y planteaban la venta del archipiélago para financiar la defensa nacional. No obstante, la reacción conservadora, cegada de odio y rencor, se alzó terrible, feroz, incendiaria, acusando al gobierno de Alfaro de pretender vender el país a los Estados Unidos. Lo menos que le dijeron al gobernante en esos días fue “traidor”, “pillo”, “vendepatria” y otras lindezas por el estilo.

Luego, receloso de seguir adelante una negociación como ésa sin contar con la opinión nacional, Alfaro encargó a los gobernadores de todo el país que consultasen sobre el asunto a las gentes más honorables de cada provincia, “sin exceptuar a ningún partido político”. Efectuada la consulta, la opinión ciuda-

dana fue desfavorable al arrendamiento, por lo que Alfaro acató la voz de la soberanía y suspendió toda negociación al respecto. El desenlace fue excelente para el país, que así logró salvarse de los voraces planes imperialistas, pero también para Alfaro, cuya iniciativa de consultar al pueblo fue sin duda ejemplar y le salvó de un paso en falso.⁹

CRISIS SUCESORA Y GUERRA CIVIL

Al acercarse la terminación de su segundo período, Alfaro tropezó otra vez con el problema de la sucesión. Una vez más, temió que una candidatura radical agravara el conflicto político, por lo que escogió como candidato a Emilio Estrada, un viejo luchador liberal y empresario porteño. Luego se enteró de que Estrada era un enfermo cardíaco y que podía morir por la altura de la capital, lo cual provocaría una guerra civil, por lo que pretendió que Estrada renunciase a su elección, a lo que éste se negó. El consiguiente conflicto condujo a un golpe de Estado preparado por los “estradistas” (11 de agosto de 1911). Alfaro se asiló en la legación de Chile, renunció a la presidencia y salió del país luego de comprometerse a no regresar antes de un año.

Poco después se concretaron los temores de Alfaro. Antes de los cuatro meses de gobierno, Estrada murió y estalló la guerra civil: el general Flavio Alfaro se alzó en armas en Esmeraldas, proclamándose Jefe Supremo del país y otro tanto hizo en Guayaquil el general Pedro J. Montero.

Alfaro vino de Panamá, pero no para liderar a las fuerzas anti gubernamentales, sino para promover un arreglo pacífico entre las diversas facciones liberales que se enfrentaban. Mas todos sus esfuerzos de negociación fueron vanos y la guerra civil estalló una vez más, sangrienta, brutal, incontenible. Flavio Alfaro y Montero unieron sus fuerzas para enfrentar a las del gobierno, comandadas por los generales Leonidas Plaza y Julio Andrade, las que bajaron hacia la costa y triunfaron en Huigra, Naranjito y Yaguachi, en enero de 1912, al costo de un terrible desangre (solo en el combate de Yaguachi hubo 400 muertos). Pero los insurrectos tenían todavía en su poder la gran plaza de Guayaquil y vencerlos parecía tarea difícil, y más si se considera que era época de invierno y los soldados serranos se hallaban agobiados por el calor y las enfermedades del trópico.

⁹ Véase *Historia del Ferrocarril de Guayaquil a Quito* (1911).

Don Eloy, actuando como mediador, propuso una capitulación que Plaza y Andrade aceptaron, garantizando la vida y libertad de los vencidos. Parecía que con esto se había evitado la continuación de tan sangrienta campaña y que alboreaba ya la paz. Pero el gobierno de Quito desconoció los acuerdos de armisticio firmados por sus generales en campaña y ordenó el apresamiento y enjuiciamiento de los jefes insurrectos. Entre ellos incluyó al “Viejo Luchador”, que ninguna participación había tenido en esta revuelta, aunque era el símbolo mayor del radicalismo, tan odiado por la clerecía, la oligarquía y la gran burguesía liberal. Montero fue enjuiciado sumariamente en Guayaquil y asesinado durante el juicio; luego, su cadáver fue arrastrado por las turbas. Los demás presos fueron conducidos a Quito, por órdenes del gobierno, con igual horrendo propósito. Junto a Flavio Alfaro, autor y líder de la revuelta, figuraban también todos aquellos líderes radicales a los que la derecha temía y quería eliminar, aunque fuesen inocentes: los generales Medardo Alfaro, Manuel Serano, Ulpiano Páez y el coronel y periodista Luciano Coral, cuyos artículos causaban escozor a los conservadores.

Los presos llegaron a Quito el 28 de enero y, tras la formalidad de entregarlos en el panóptico, fueron masacrados por una turba asalariada, dirigida por el jefe de la cochera presidencial. Luego sus cuerpos fueron arrastrados por la chusma fanatizada hasta el parque de El Ejido, donde se los incineró en esa que Alfredo Pareja llamó “hoguera bárbara”. Las fotografías de esa horrenda masacre muestran a la chusma alevosa quemando los cadáveres, bajo la mirada complaciente de señoritos bien vestidos, que parecieran dirigirla.

Entre los autores intelectuales del crimen se destacaron la gran prensa, que desde días atrás clamaba por la sangre de las futuras víctimas, y muchos beneficiarios de la revolución liberal, que habían trepado hasta las alturas del poder bajo la sombra generosa del radicalismo. A la cabeza de estos figuraban el Encargado del Poder, Carlos Freile Zaldumbide; el ministro de Gobierno, Octavio Díaz, y el ministro de Guerra, general Juan Francisco Navarro.

Tras el asesinato de los jefes radicales, el régimen liberal renegó de su ideología revolucionaria y se transformó en un despiadado régimen plutocrático, presidido por la gran burguesía bancaria, que lideraba el banquero guayaquileño Francisco Urbina Jado; la emergente burguesía agro-industrial, representada por el coronel Enrique Valdez Concha, propietario del ingenio Valdez; y el nuevo poder militar, que lideraba el general Leonidas Plaza Gutiérrez, que a la vez era representante del sector terrateniente de la sierra.

Eloy Alfaro fue también un líder preocupado por la suerte de América Latina, continente que conocía más que la mayoría de líderes políticos de su tiempo. Habiendo vivido, trabajado y luchado por la reforma liberal en Panamá y varios países centroamericanos, también estaba al tanto de las realidades políticas existentes en México y los países del Caribe y, gracias a sus contactos con José Martí, Antonio Maceo y otros independentistas caribeños, seguía con sumo interés las luchas de independencia de Cuba y Puerto Rico. En fin, sus viajes por Sudamérica como exiliado político le pusieron en contacto con los grandes líderes y pensadores de la región, particularmente con los liberales peruanos, colombianos y venezolanos, e igualmente con los radicales chilenos y argentinos.

Esas estancias y viajes le pusieron en contacto con las duras realidades sociales y políticas del continente, donde sesenta años después de la independencia pervivían las viejas lacras sociales heredadas de la colonia y agravadas por el republicanismo oligárquico: el peonaje servil de los campesinos indígenas, la explotación y marginalidad de negros y mestizos y el atraso económico de las regiones interiores, junto a la prepotencia de las oligarquías terratenientes, estrechamente aliadas con una Iglesia de mentalidad colonial, que todavía predicaba contra el sistema republicano de gobierno.

Pero, por otra parte, ese conocimiento y esas relaciones le permitieron también enterarse de las luchas y proyectos de las fuerzas progresistas del continente, que por diversos medios buscaban impulsar una reforma que modernizara y fortaleciera al Estado nacional, liberándolo de la agobiante influencia eclesiástica, integrando sus regiones dispersas, estimulando el desarrollo económico y mejorando las condiciones de vida de la población. Y finalmente lo llamaron a convertirse en una suerte de coordinador de las acciones del liberalismo revolucionario del continente y a plantearse avanzados proyectos de unidad e integración entre los países del área.

Influido desde su juventud por la combativa prédica liberal de Juan Montalvo, su pensamiento político se completaría más tarde con las ideas de liberales románticos como el panameño Justo Arosemena, el peruano Ricardo Palma, los cubanos José Martí y Rafael María Merchán y el colombiano José María Vargas Vila; de liberales nacionalistas como el chileno José Manuel Balmaceda, los venezolanos Antonio Guzmán Blanco y Joaquín Crespo, y el nicaragüense José Santos Zelaya, y también con las de pensadores radicales como los chilenos José Victorino Lastarria y Francisco Bilbao, y el argentino Leandro N. Alem.

Durante su exilio en Lima, sus planes internacionalistas tuvieron un avance significativo en las conversaciones entabladas con el prócer cubano Antonio Maceo, en 1888, cuando identificaron como objetivos comunes la lucha por la independencia de Cuba y la liberación política del Ecuador. Dos años después, en 1890, Alfaro viajó con destino a Chile, donde entró en contacto con dirigentes liberales y radicales, siempre en el marco de la fraternidad masónica. Luego viajó a la Argentina, con la recomendación de tomar contacto con el ex Presidente Bartolomé Mitre, que dirigía el respetado rotativo *La Nación*, en el que colaboraba José Martí. Por entonces, Mitre acababa de fundar con Leandro N. Alem la “Unión Cívica”, que en el futuro se convertiría en un partido simbólico del radicalismo sudamericano.

Cuando Alfaro reemprendió su viaje, con dirección a Uruguay, Brasil y Venezuela, llevaba consigo una carta de Mitre para José Martí, en la que le presentaba a Alfaro y le recomendaba aunar esfuerzos con él; llevaba también una suma de dinero, que era el pago de Mitre por las colaboraciones de Martí. Pero antes de entregar esas valiosas encomiendas, Alfaro recaló en Venezuela, donde gobernaba por entonces el general Joaquín Crespo, uno de los líderes liberales nacionalistas, con quien entabló estrecha amistad política y de quien recibió apoyo pecuniario para su lucha. Ahí se encontró también con el pensador y activista liberal colombiano José María Vargas Vila, que se asilara en ese país huyendo del gobierno conservador de Rafael Núñez. Alfaro reconoció en Vargas Vila al pensador de avanzada que requería su causa y éste, por su parte, vio en el ecuatoriano la experiencia y capacidad de liderazgo que hacía falta para comandar los planes revolucionarios del internacionalismo liberal; fue así que ambos decidieron concertar en el futuro sus esfuerzos de liberación.

En octubre de 1890 Alfaro marchó hacia los Estados Unidos en busca de José Martí, con quien se encontró finalmente en Nueva York el 24 de ese mes. Luego de la entrega de las encomiendas de Mitre, los dos heraldos de la libertad entablaron estrecha amistad y desarrollaron planes de cooperación política, en compañía de otros latinoamericanos radicados en esa ciudad, entre quienes se encontraban César Zumeta, Patricio Jimeno, y Juan Pérez Bonalde. Más tarde Vargas Vila, también se sumó al grupo junto con su secretario Ramón Palacio Viso.¹⁰

¹⁰ Regino Sánchez Landrián, “Eloy Alfaro y la emancipación latinoamericana”, en www.josemarti.cu/files/Eloy_Alfaro.doc

Tras su estancia en los Estados Unidos, Alfaro siguió su periplo latinoamericano, que lo llevó nuevamente hacia Panamá, Costa Rica y finalmente Nicaragua, donde gobernaba por entonces (1893) el general José Santos Zelaya, un reformador que laicizó y modernizó el Estado, eliminó los fueros coloniales, nacionalizó los bienes de manos muertas, impulsó el desarrollo económico y actualizó la legislación del país. Zelaya era también un fervoroso partidario de la unión centroamericana.

Vinculados por un ideario político común, Alfaro y Zelaya negociaron reservadamente el primer “*Pacto de Amapala*”, por el que se creó una Internacional revolucionaria con participación de los revolucionarios centroamericanos José Santos Zelaya, de Nicaragua; Policarpo Bonilla, de Honduras; y Rafael Antonio Gutiérrez, de El Salvador, así como varios revolucionarios sudamericanos: el ecuatoriano Eloy Alfaro, los colombianos Benjamín Herrera y Juan de Dios Uribe, el venezolano Joaquín Crespo, el colombo–panameño Belisario Porras y los cubanos José Martí y Antonio Maceo. Por ese pacto, los suscriptores se comprometieron a brindarse ayuda mutua en los campos militar, político y financiero, con miras a conquistar un abanico de objetivos que incluían la independencia de Cuba y Puerto Rico, la aplicación de la reforma liberal en los países centroamericanos y andinos y la reconstitución de la Gran Colombia, como puntos de partida para un nuevo proyecto de unidad latinoamericana.

Una simple revisión de la cronología política de esos años muestra la seriedad con que los firmantes tomaron su compromiso y el modo coordinado con que ejecutaron sus acciones. Crespo tomó el poder en Venezuela en 1892, entrando en Caracas de modo triunfal, el 6 de octubre de ese año. Zelaya tomó el poder en Nicaragua en julio de 1893, derrocando al conservador Roberto Sacasa. Bonilla depuso del poder al conservador Domingo Vásquez en Honduras y asumió el mando en 1893. Los liberales colombianos se alzaron en armas en enero de 1895 contra el gobierno conservador, que les había cerrado las puertas a la participación electoral, y capitularon tras una breve campaña se sesenta días. Por su parte, los liberales cubanos se lanzaron en febrero de 1895 a una nueva campaña por la independencia de su país. Alfaro, llamado por el pueblo ecuatoriano, asumió la Jefatura Suprema del país en junio de 1895 y entró triunfalmente en Quito el 4 de septiembre de ese mismo año, tras derrotar a las fuerzas conservadoras en una breve pero durísima guerra civil. Y los liberales colombianos tomaron nuevamente las armas en octubre de 1899 e iniciaron la llamada “Guerra de los Mil Días”, ganada finalmente por los conservadores.

A más de la coordinación de sus cronogramas de acción, la fraternidad masónica que unía a todos estos revolucionarios liberales se expresó también en formas directas de colaboración político-militar, en las que Eloy Alfaro destacó notoriamente, tanto a través de sus iniciativas políticas como de sus giras continentales, en las que promovió la formación de una alianza revolucionaria latinoamericana, que tuviera por objetivo el establecimiento de una “Confederación de Estados Sudamericanos”, que contrapesara la influencia continental de los Estados Unidos.

La acción de esa Internacional Revolucionaria coordinada por Alfaro no se redujo a conversaciones y planes políticos. Pasando de las palabras a los hechos, el presidente venezolano Joaquín Crespo entregó fondos para promover las acciones revolucionarias. Lo propio hizo el gobernante nicaragüense José Santos Zelaya, quien entregó para la causa recursos financieros, armas y un barco, el “*Momotombo*”, que quedó en manos de Alfaro. Hubo también otras contribuciones para la causa común, de las que se conoce poco o casi nada, en razón del secreto con que se manejaron. Y no faltaron contribuciones específicas para tal o cual proceso nacional, como p. e. el aporte personal de mil pesos que Antonio Maceo hizo a Alfaro para la revolución liberal ecuatoriana.

Los participantes del “*Pacto de Amapala*” habían acordado previamente que esos recursos serían usados en el país donde más próximo estuviera un estallido revolucionario. Y como el estallido se dio primero en Colombia, el barco, las armas y los recursos acopiados fueron canalizados hacia ese país, donde los liberales se habían lanzado a una guerra revolucionaria con más voluntad que recursos y sin contar con el armamento indispensable para una larga campaña, al punto que no pudieron proveer de armas de fuego a grandes contingentes de voluntarios que se enrolaron para la lucha.

Para entonces, las fuerzas conservadoras del área coordinaban también sus acciones contrarrevolucionarias, en especial, los gobiernos de Bogotá y Quito, que mantenían una estrecha colaboración mutua. Estos gobiernos también cruzaban información con el gobierno español, cuyos agentes vigilaban estrechamente a los revolucionarios cubanos y a sus colaboradores en los diversos países. Fue así que Eloy Alfaro, identificado ya como el jefe de esa internacional revolucionaria, fue expulsado de la provincia de Panamá por el gobierno colombiano de Rafael Núñez, a petición del gobierno ecuatoriano de Antonio Flores Jijón. Nuestro personaje pasó entonces a Costa Rica y desde ahí emprendió una nueva gira política que lo llevó a Nueva York, San Francisco de California, México, El Salvador, y finalmente, Nicaragua. Aquí lo esperaba un honroso

decreto de la Asamblea Nacional nicaragüense, por el cual “en atención a sus altos merecimientos personales” y a “los grandes servicios prestados por él a la causa de la democracia en América Latina” se le otorgaba el grado de “General de División del Ejército de la República”. Ese decreto tenía fecha del 12 de enero de 1895. Cinco meses después, Alfaro recibía desde Guayaquil el aviso de que había sido proclamado Jefe Supremo de la República del Ecuador, por lo que regresó de inmediato a su país.

Una vez en el poder, Alfaro se empeñó en cumplir con las obligaciones que le imponía el *“Pacto de Amapala”*, particularmente respecto de la guerra cubana de independencia y la revolución liberal colombiana (“Guerra de los Mil Días”). En cuanto al primer caso, es conocido su frustrado intento de enviar tropas ecuatorianas a pelear por la independencia de Cuba, así como sus gestiones políticas ante el gobierno español. También es conocido su apoyo a la lucha de los liberales colombianos, que en buena medida era una continuación de los apoyos mutuos que en el pasado se habían brindado los liberales de Ecuador y Colombia.

El apoyo de Alfaro a la revolución colombiana no sólo se justificó en los ideales comunes y la fraternidad masónica, sino también en la activa colaboración que el gobierno conservador de Colombia, presidido por Miguel Antonio Caro, brindó a los derrotados conservadores ecuatorianos, amparándolos en territorio colombiano, brindándoles apoyo económico y financiero, y entregándoles una franja fronteriza, para que desde ahí incursionaran frecuentemente contra el Ecuador. Alfaro, por su parte, dio protección territorial y entregó apoyo económico, armas y equipos a los revolucionarios colombianos, con miras a que estos logran abrir un corredor en el frente sur para abastecer por ahí a sus tropas del Cauca. Cabe precisar que igual cosa hicieron entonces los gobiernos liberales venezolanos de Joaquín Crespo y Cipriano Castro, quienes proveyeron de armas, recursos y apoyo logístico a los liberales colombianos del departamento de Santander. Y tampoco faltó el sostenido apoyo del gobierno nicaragüense de Zelaya, que ayudó, conjuntamente con el gobierno ecuatoriano de Alfaro, a la fuerza liberal colombiana de Belisario Porras que incursionó en Panamá desde Centroamérica, con ánimo de abrir un nuevo frente de guerra contra el gobierno de Bogotá.

Varias fueron las incursiones militares hechas en ese periodo desde Colombia contra el Ecuador, bajo la coordinación de los generales colombianos Miguel Montoya, Jefe del Sur del Cauca, y N. Domínguez, enviado especial del gobierno colombiano. La primera tuvo lugar en 1895, cuando el jefe con-

servador ecuatoriano Aparicio Ribadeneira, autoproclamado “Capitán General de los Ejércitos, Supremo Director de la Guerra y Encargado Provisional del Poder Ejecutivo”, empezó una campaña de reclutamiento de mercenarios en las poblaciones del sur de Colombia, con fondos y armas provistos por las autoridades colombianas; de este modo logró formar una columna de más de 100 pastusos, con la que fortaleció sus propias tropas, cada vez más afectadas por la desertión. Sin embargo, por presión directa del Presidente colombiano, que buscaba guardar al menos un aparente respeto al derecho internacional, Ribadeneira se vio compelido a ocupar “siquiera un palmo de terreno ecuatoriano”, como condición indispensable para continuar recibiendo el reconocimiento oficial colombiano de “representante del Gobierno Constitucional del Ecuador” y el consecuente apoyo económico y militar.¹¹ Buscando, pues, controlar el territorio de la sierra norte para asentar allí su gobierno, el ex-Ministro lanzó una operación militar contra Ibarra, a cargo de los batallones Ayacucho y San Gabriel, dirigidos por el comandante Ricardo Cornejo. La operación resultó un fracaso, pues los expedicionarios fueron derrotados en Ibarra por las fuerzas liberales del coronel Nicanor Arellano. Esto produjo un generalizado derrotismo en el resto de emigrados conservadores, que terminó por frustrar la continuación de la campaña. Al fin, el gobierno colombiano desarmó a los emigrados y mercenarios, poniendo fin, por el momento, a la acción militar de éstos en la región fronteriza colombo-ecuatoriana (3 de octubre de 1895).

Posteriormente, nuevas incursiones militares contra el Ecuador fueron organizadas por los conservadores ecuatorianos emigrados, con el activo respaldo del gobierno de Colombia y del Obispo de Pasto, fray Ezequiel Moreno Díaz, que convirtió a la guerra contra los liberales ecuatorianos en su particular “guerra santa” contra el odiado liberalismo¹². Teniendo como “Comandante General de Operaciones” al coronel colombiano Almeida, el prelado formaba ejércitos de pastusos fanáticos y los lanzaba contra el vecino país, proclamando que “el liberalismo es pecado, es un error contra la fe y está condenado por la Iglesia”. También protegía a los cristeros ecuatorianos derrotados y, sin recato alguno, instruía a los sacerdotes de su jurisdicción para la recluta de combatientes: “Procurad, Venerables Cooperadores, –les decía– que vuestros pueblos no vean im- pasibles la guerra que se hace a Jesucristo y a su Religión Santa”.

¹¹ Miguel A. González Páez, 1934. “*Memorias Históricas*”. Quito: Editorial Ecuatoriana, , , , págs. 228-229.

¹² Desde 1992, fray Ezequiel Moreno es santo de la Iglesia católica.

Uno de sus protegidos en Pasto era monseñor Pedro Schumacher, el obispo de Portoviejo, que había desatado la guerra civil en la provincia de Manabí, proclamando “el exterminio de los impíos”. Al fin, como el aguerrido ejército ecuatoriano derrotara una y otra vez a los invasores (que en enero de 1899 llegaron a penetrar hasta el nudo de Sanancajas)¹³, fray Ezequiel y sus cómplices buscaron provocar la directa intervención de tropas colombianas en los ataques al Ecuador.

Entonces, al gobierno de Alfaro le salió un aliado inesperado: lastimado su espíritu patriótico por la descarada intervención extranjera en los asuntos internos de su país, el obispo de Ibarra, monseñor Federico González Suárez, al ser llamado por el Gobierno para pronunciar una oración fúnebre en el traslado de los restos del Mariscal Sucre a la Catedral, encargó su obispado a su Vicario General, monseñor Alejandro Pasquel, mediante una carta que ordenó publicar. En ella decía:

*“Cooperar de un modo u otro a la invasión colombiana, sería un crimen de lesa Patria; y nosotros, los ecuatorianos eclesiásticos, no debemos nunca sacrificar la Patria para salvar la Religión: el patriotismo es virtud cristiana y, por lo mismo, muy propia de sacerdotes”*¹⁴.

Exasperados, fray Ezequiel y sus áulicos se lanzaron frontalmente contra González Suárez. Mediante folletos y pasquines le dijeron de todo: “apóstata”, “oportunista”, “infame”, “tonto”, “turiferario del crimen victorioso”, etc. El más afiebrado insultador del obispo de Ibarra fue Schumacher, quien, según el mismo González Suárez, lo había “perseguido con encarnizamiento” desde años atrás, por revelar en la *Historia General de la República del Ecuador* la corrupción eclesiástica existente en la época colonial. Y se dice que la facción pastusa llegó incluso a planear el asesinato del prelado ecuatoriano.

La polémica entre los obispos de Pasto e Ibarra fue tremenda. Entre otras publicaciones, fray Ezequiel lanzó un violento folleto titulado “*O catolicismo o liberalismo. No es posible la conciliación*”. En él, señaló a “los cómplices más notables del liberalismo”, que en su opinión eran: 1.- Los que dan su voto por candidatos liberales. 2.- Los que contribuyen con su dinero a la mejor organización del Partido Liberal. 3.- Los que asisten a fiestas liberales; los que con-

¹³ En el duro combate de Sanancajas, ocurrido el 23 de enero de 1899, hubo 44 muertos, en su mayor parte colombianos.

¹⁴ REFERENCIA

ren a entierros liberales;... los que... llenan de aplausos a los que pronuncian discursos liberales. 4.- Los que se suscriben a periódicos liberales. 5.- Los que mandan a sus hijos o dependientes a escuelas y colegios liberales... Según este cruzado de la fe, ni siquiera se salvaban del anatema *“las mujeres que se adornan con cintas rojas o engalanan sus casas y balcones con trapos rojos en las fiestas...”*.

Como si todo esto no bastara, el obispo Moreno Díaz viajó a Roma en 1898 para que la Sagrada Congregación dirimiera sus contradicciones con monseñor González Suárez. La opinión del Vaticano le fue favorable y el 30 de mayo del año siguiente Ezequiel tuvo una “entrada triunfal en Pasto, resarcido de tantos pesares”.

A partir de entonces, prosiguió con más bríos su guerra santa contra el liberalismo ecuatoriano, mientras la feroz guerra civil llamada “De los Mil Días” agitaba ya el suelo colombiano. Entonces Alfaro pasó a la ofensiva: envió un contingente de tropas en apoyo de los liberales colombianos y prestó todo su apoyo y protección a sus coidearios del país vecino que se organizaban o refugiaban en nuestro país. El 29 de marzo de 1900 ordenó que sus tropas regulares cruzaran la frontera y liquidaran al nuevo ejército mercenario formado por el obispo de Pasto y acampado en Ipiales. En represalia, tropas regulares colombianas y cristeros atacaron Tulcán, donde fueron derrotadas.

Como es sabido, los liberales colombianos no lograron vencer a las fuerzas de contención que los conservadores habían colocado en la frontera sur, con lo cual perdieron la posibilidad de beneficiarse en mayor medida del apoyo alfarista. Y tras ello se instaló en el Ecuador el gobierno de Leonidas Plaza Gutiérrez (1901), que continuó la reforma liberal en el interior pero negó todo apoyo a la revolución liberal colombiana, obteniendo a cambio que el gobierno de Bogotá refrenara al obispo de Pasto y su “guerra santa” contra el alfarismo y retirara el apoyo militar a los conservadores ecuatorianos emigrados. Años más tarde, por el Tratado Peralta-Uribe (1910), Colombia se comprometió a la internación de los frailes capuchinos refugiados en Pasto, que seguían en actitud agresiva.

LOS PROYECTOS DE UNIDAD AMERICANA

Los proyectos de unidad americana fueron parte esencial del internacionalismo revolucionario de Eloy Alfaro. Hemos mencionado antes su empeño por el establecimiento de una “Confederación de Estados Sudamericanos”, que vincu-

lara políticamente a nuestros países y contrapesara la influencia continental de los Estados Unidos. Al respecto, hay que destacar dos hechos de la mayor importancia: uno, su iniciativa de convocar un Congreso Continental Americano, hecha en 1895 en su calidad de Jefe Supremo de la nación, y otro, la suscripción de un Pacto Secreto con los presidentes Cipriano Castro, de Venezuela, y José Santos Zelaya, de Nicaragua, hecha en 1900, en su condición de Presidente del Ecuador.

En cuanto a la iniciativa de reunir un Congreso Internacional Americano, sus objetivos fueron definidos de este modo por el gobierno alfarista:

“La formación de un Derecho Público de América, que, dejando a salvo derechos legítimos, dé a la Doctrina Americana, iniciada con tanta gloria por el ilustre Monroe, toda la extensión que se merece y la garantía necesaria para hacerla respetar; medios de procurar el adelanto por el perfeccionamiento e implantación de industrias; impulsar el comercio dictando medidas que vayan extendiéndolo, con desarrollo progresivo, sin dejar de atender a las necesidades, conveniencias y derechos de nación a nación, y aprovechar, en fin, todo aquello que, sin perjudicar a los demás, proporcione a nuestras repúblicas medios adecuados para afianzar las relaciones comerciales y conseguir el engrandecimiento mutuo”¹⁵.

Sin duda resultaba audaz, por decir lo menos, que el gobierno de un pequeño país sudamericano promoviera una reunión internacional para analizar y reglamentar la aplicación de la “Doctrina Monroe”, usada por los Estados Unidos como un pretexto para intervenir unilateralmente en los asuntos internos de los demás países americanos. Y, obviamente, esta iniciativa alfarista mereció la activa oposición de la diplomacia norteamericana, que finalmente hizo fracasar la celebración de tan importante cónclave hemisférico, pese a la favorable disposición mostrada inicialmente por varios países de América Latina.

Para evaluar mejor esa iniciativa del líder ecuatoriano hay que precisar que los Estados Unidos vivían por entonces el momento de emergencia de su poder imperialista y que, en ese mismo año de la convocatoria alfarista, en 1895, el Secretario de Estado norteamericano, Richard Olney, señaló que “*La soberanía*

¹⁵ *Invitación a los Cancilleres del Continente a participar en un Congreso Americano: Guayaquil, diciembre 26 de 1895).*

de los Estados Unidos, por motivos de defensa, se extiende a todo el continente”¹⁶. También es útil indicar que, un año después, el Presidente Cleveland afirmó: “Hoy los Estados Unidos son prácticamente soberanos en este continente y su palabra es ley en los asuntos en los que intervienen”¹⁷. Y no está demás exponer que poco después, en 1899, el Presidente Teodoro Roosevelt proclamó desembozadamente el “derecho” de su país a la expansión imperial, diciendo:

*“Siempre que se ha producido un movimiento de expansión ha sido porque la raza que lo ha llevado a cabo era una gran raza. Ha sido como una señal y una prueba de la grandeza de la nación expansionista. Y además debe tenerse en cuenta que, en todos y cada uno de los casos, esos movimientos supusieron un beneficio incalculable para la humanidad”*¹⁸.

Al fin, el Congreso Americano se reunió en México, en la fecha prevista, pero sólo asistieron a él los representantes de los países anfitriones (Ecuador y México) y de las cinco repúblicas centroamericanas. Esto llevó al ilustre internacionalista mexicano don Genaro Estrada a atribuir el fracaso de la reunión a “los más fuertes intereses de los Estados Unidos... al negarse a que se discutiera la Doctrina Monroe, y la reservadísima actitud de los gobiernos sudamericanos”¹⁹.

Por los mismos días de su convocatoria al frustrado Congreso Americano, Alfaro tomó otra histórica iniciativa americanista que, a su turno, habría de enfrentar la oposición norteamericana: el 19 de diciembre de 1895 se dirigió a la reina María Cristina de España, abogando por la Independencia de Cuba²⁰ (Documento Nº 3). Y como sus buenos oficios no lograran resultado positivo, el Viejo Luchador no trepidó en preparar un cuerpo de tropas destinado a luchar por la independencia cubana, mismo que puso a las órdenes del coronel León Valles Franco. Finalmente, la absurda negativa colombiana a permitir el paso de esas tropas con destino al Caribe frustró esa acción internacionalista del Ecuador y el presidente Eloy Alfaro. Y poco después se produjo la intervención de los Estados Unidos en la guerra cubana de independencia, no con ánimo de ayudar a los patriotas cubanos, que se hallaban cerca del triunfo, sino

¹⁶ Jorge Núñez, *Nicaragua, La Trinchera invencible*. 1985. Quito: Ediciones de la ADHILAC , , p. 143

¹⁷ Núñez, *Nicaragua, La Trinchera invencible*. 1985. Quito: Ediciones de la ADHILA p. 143 *Ibid*.

¹⁸ Núñez, *Nicaragua, La Trinchera invencible*. 1985. Quito: Ediciones de la ADHILA, *Ibid*, pp. 145-146

¹⁹ Citado por Jorge Villacrés Moscoso, “*Historia diplomática del Ecuador*”, T.II, p. 272.

²⁰ Cf. *Carta la Reina María Cristina de España (1895)*.

de tomar bajo su control la “Perla de las Antillas”. En efecto, tras derrotar a España en una breve campaña naval-militar, los EE. UU. firmaron con España el Tratado de París (10 de diciembre de 1898), por el que Cuba se constituyó en territorio especial de ocupación militar, las islas Guam y las Filipinas se convirtieron en colonias norteamericanas y Puerto Rico fue tomado por los vencedores como botín de guerra²¹.

Pero el gobierno alfarista no solo hubo de enfrentar la oposición estadounidense a su política americanista, sino también una nueva escalada de presiones imperialistas en busca de la enajenación de las Islas Galápagos. Pobre, débil y estremecido aún por los efectos de una larga guerra civil, el Ecuador se hallaba abocado a una ardua tarea de reconstrucción y modernización nacional, que requería de grandes inversiones públicas. Entonces, queriendo aprovechar en su beneficio las urgencias económicas del Estado ecuatoriano, se hicieron presentes varios países y corporaciones extranjeras interesadas en la compra o arrendamiento del Archipiélago de Colón o de alguna de sus islas. Un consorcio europeo ofreció 25 millones de dólares por la venta de las islas y el gobierno de Francia propuso 100 millones de francos por el arrendamiento de un puerto libre. Y los Estados Unidos, que avanzaban planes para la construcción del Canal de Panamá, consideraron que el control de las Galápagos era una necesidad estratégica para la protección del futuro Canal. Fue así que el gobierno de Taft instruyó a su embajador en Quito, Archibald Sampson, para que propusiera al gobierno ecuatoriano el arrendamiento de la Isla Chatham por el lapso de 99 años y un pago de 5 mil dólares anuales. Finalmente, estas propuestas no prosperaron, como no prosperó una contraoferta del general Plaza al embajador Sampson para hipotecar las islas a cambio de un préstamo norteamericano de 10 millones de dólares²². Sin embargo, ello no significó el fin de las ambiciones estadounidenses sobre el Archipiélago, que continuaron en los años siguientes.

Hablemos ahora del Pacto Secreto firmado en 1900 entre los presidentes Cipriano Castro, de Venezuela, José Santos Zelaya, de Nicaragua, y Eloy Alfaro, del Ecuador²³ (Documento N° 20). Es bueno recordar que en el año de 1900

²¹ Hortensia Pichardo, 1977. “*Documentos para la Historia de Cuba*”, La Habana: Ed. de Ciencias Sociales, I, pp. 540–546.

²² Gonzalo Ortiz Crespo. 1980. “*El Imperialismo y las Islas Galápagos*”. Cuenca: mimeo, , p. 36.

²³ Véase *Pacto Político Secreto firmado por los gobernantes de Venezuela, Nicaragua y Ecuador (1900)*. Este documento, que ha sido recientemente descubierto en el Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Venezuela dentro de una investigación efectuada acerca del tema “Venezuela y las Conferencias Panamericanas”, y que aparecerá incluido en su segundo tomo, que al momento está por

los países latinoamericanos se encontraban en una expectante actitud frente a la situación internacional, caracterizada por variados síntomas de emergencia de un nuevo imperialismo. Dos años antes, España, la vieja potencia imperial, había sido vencida militarmente por el naciente poder de los EE. UU., que tomó Cuba y Puerto Rico y se convirtió, así, en una potencia dominante en el Caribe. Ese mismo año, Colombia se hallaba conmocionada internamente por un nuevo intento de revolución liberal (la “Guerra de los mil días”), mientras que los Estados Unidos firmaban con Inglaterra el Tratado Hay–Pauncefote, que marginaba a los ingleses de la futura construcción de un canal por Panamá, obra que quedaba consagrada como un derecho exclusivo de los estadounidenses. Al mismo tiempo, crecían las tensiones entre EE. UU. y Nicaragua, cuyo gobierno había respaldado a los independentistas cubanos y miraba con recelo el proyecto de construcción de un canal por Panamá, que dejaba al margen el proyecto de canal interoceánico por Nicaragua. Finalmente, se acumulaban sobre el horizonte regional los nubarrones de la primera crisis de la deuda externa, pues varios países latinoamericanos habían suspendido el pago de la deuda (entre ellos Ecuador y Venezuela) y otros más se hallaban inclinados a hacer lo propio. Ecuador, como se ha visto, se hallaba bajo la amenaza de enajenar sus islas del Archipiélago de Colón o ser despojado de ellas.

En medio de ese crítico panorama, la conciencia latinoamericana recibió por entonces un campanazo de alerta con la publicación de “*Ariel*”, libro escrito por el pensador uruguayo José Enrique Rodó, en el que se denunciaba la presencia de un nuevo imperialismo, que amenazaba a los pueblos hispanoamericanos. Fue precisamente a fines de ese año cuando los delegados plenipotenciarios de Venezuela, Nicaragua y Ecuador, debidamente instruidos por sus gobiernos, firmaron en Caracas, el 9 de noviembre, un “Pacto Político Reservado”, “*inspirados por el deseo de precaver á los tres Países de todo peligro internacional y de velar colectivamente por la conservación del orden público en cada uno de los tres Estados*”²⁴.

Por este pacto, los tres países se declaraban “*unidos por el sagrado vínculo de los principios liberales y democráticos que felizmente rigen en las Instituciones de los tres Países*” y constituían una triple “*alianza ofensiva y defensiva para los casos de hostilidad*”, detallando las medidas a tomar por los tres países en caso de que alguno de ellos fuese agredido, y comprometiéndose a utilizar todos los

publicarse, nos ha sido proporcionado por la dirección del mencionado Archivo. Dada su significativa importancia, lo incluimos en este libro.

²⁴ Ver Documento N° 20. Pacto Político Secreto...

recursos pacíficos y militares que fuesen necesarios para la defensa del país atacado.

Dos características particulares de este pacto internacional eran: una, el plazo de vigencia del mismo, que debía durar mientras ejercieran el poder los tres gobernantes que lo suscribieron, salvo el caso de que alguno de sus sustitutos quisiera adoptar las obligaciones contraídas y los demás estuviesen de acuerdo; y otra, el carácter secreto del mismo, derivado del artículo octavo, donde se especificaba que dada *“la naturaleza especial de este Pacto, cada una de las Partes contratantes se obliga á mantenerlo en secreto, hasta que por las tres se considere oportuna su publicación”*.

Empero, los suscriptores subrayaban que no se trataba de una alianza agresiva contra otros países latinoamericanos y precisaban, en el artículo séptimo, que *“las tres Altas Partes contratantes propenderán de común acuerdo á obtener la incorporación de las demás Repúblicas hermanas á esta alianza, que sólo tiende al mayor aseguramiento de la paz general”*.

A nuestro entender, es precisamente este artículo el que revela el sentido profundo del Pacto tripartito, que buscaba crear una barrera defensiva frente a la amenaza implícita de los poderes imperialistas, por medio de una alianza que vinculaba a tres países, pero propendía a crear un sistema defensivo latinoamericano, en busca del *“mayor aseguramiento de la paz general”*.

Visto en perspectiva histórica, este Pacto Tripartito fue una reedición del *“Tratado de Unión, Liga y Confederación”* suscrito en 1825 por los asistentes al Congreso Anfictiónico de Panamá, y también, en gran medida, una prefiguración de la UNASUR.

EPÍLOGO

Iniciado el siglo XXI, la imagen de Alfaro ha cobrado una creciente dimensión histórica, mientras los fuegos de su revolución siguen encendiendo el espíritu de los ecuatorianos e inspirando movimientos políticos y proyectos revolucionarios. Seguidores de Alfaro se reclamaron los jóvenes oficiales que derrocaron al régimen de la “bancocracia” en 1925 e instauraron la Revolución Juliana. Y como alfaristas se proclamaron los jóvenes guerrilleros que insurgieron contra el régimen oligárquico en los años ochenta del siglo XX. En fin, hace apenas unos pocos años, el pueblo del Ecuador, mediante una encuesta nacional, escogió a Eloy Alfaro como “El mejor ecuatoriano de todos

los tiempos”, lo cual revela la profundidad con que su acción caló en la conciencia del país.

Las ideas de Alfaro trascendieron también las fronteras nacionales. Durante su vida, fue objeto de variados honores y homenajes. Así, el Congreso Nacional de Nicaragua le otorgó el grado de general, en agradecimiento por sus luchas en pro de la libertad y por sus esfuerzos de paz entre naciones centroamericanas. Luego, a fines del siglo XIX, un congreso liberal colombo-venezolano lo proclamó futuro Presidente de una nueva Confederación Grancolombiana. Por su parte, el gran pensador, escritor y prócer cubano José Martí lo proclamó como “uno de los pocos americanos de creación”. Y un gran combatiente y periodista colombiano, Juan de Dios Uribe, escribió una biografía de Alfaro, en que lo calificó como “El Garibaldi americano”, comparándolo con el gran revolucionario europeo y unificador de Italia.

José María Vargas Vila, otro notable pensador radical y hombre de letras colombiano, escribió un libro sobre su vida e inmolación, titulado *La muerte del cóndor*. Luego, monumentos en su honor se levantaron en casi todas las repúblicas americanas, a la par que sucesivos gobiernos cubanos elogiaban sus gestiones ante la corona española, en favor de la libertad de Cuba. Para cerrar con broche de oro esa zaga de homenajes, el ex presidente de Colombia, Alfonso López Pumarejo, afirmó que la exitosa política económica que ejecutó en su país, y que impulsó la industrialización y desarrollo interno de Colombia, la había aprendido del general Eloy Alfaro durante su estancia en Ecuador.

Justificadamente, el nombre y la imagen de Eloy Alfaro siguen siendo, para el pueblo ecuatoriano, una bandera para luchar por el progreso social y material del Ecuador. Esperamos que este libro contribuya también a la difusión del pensamiento de ese gran combatiente revolucionario, que abrió en nuestro país los cauces de la modernidad, el progreso material y la justicia social.